427

6 OCT. 1979

LA SAETA



Su esposa se va al baile
y el se queda.
Hay algunos maridos
que encienden yesca.

20 Cents

MISCELÁNEA

Kiosco LA • SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi*.

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Un caballero trata de echárselas de ingenioso en una tertulia, y dice:

—No se casan más que los estúpidos.

A lo que le contesta una señora:

—Ya se conoce que debe usted de estar casado hace tiempo.

⁂

Decía un joven:

Sí, señor; me gustan mucho las mujeres de talento; pero si algún día me caso, mi mujer será menos inteligente que yo.

Pues eso, amigo mío, es condenarse á celibato perpetuo.

⁂

Un propietario alquila una quinta inmediata á una estación de ferrocarril, y dice á su inquilino:

—Las vistas son magníficas, sobre todo por la parte de la estación.

—¿Y qué se ve desde allí?

—La cara que ponen los viajeros cuando se les escapa el tren.

⁂

En el teatro:

—¿Has visto á la condesa?

—Sí.

—Por cierto que no va escotada.

—Porque es una mujer muy lista.

—No comprendo.

—Sí, señor. Ha visto que ha llegado el momento de echar un velo sobre lo pasado

⁂

Charadas

I

¡Qué *todo*, Jesús, qué *todo!*
¡qué niña más *prima-dos!*
Tercera gusto escucharla.
¡Cuánta gracia, cuánto humor!
Y yo digo *dos-tercera*,
no hay tal *todo;* no, señor.
Son sus padres unos *lilas*
de los de marca mayor.

II

El *dos* doble del segundo
de la casa donde habito
le pide á don Severiano
Matochales y Buenpico
que le compre y le regale
una *todo;* porque el chico
es amante de la música
(quiero decir, del ruïdo).
La madre del *dos-segunda*
no es *prima-tres*, y me ha dicho
que ella dará á don Severi...
si hace el regalo á su chico,
cierta cosa... que me callo,
porque tampoco lo ha dicho.

MORENO

⁂

Jeroglífico comprimido

T I E N R

J. ALOCATI

⁂

Fuga de consonantes

E . a . o . . ue . e . e . . o
e . a . o . . u . o,
. e . . a . e . o, . a . . i . . e
. o . o . i . . u . o.
E . . u . o, . i . a,
. u . a . á . o . ue . u . a
. a . . o . . e u . . ía.

PICIO

Soluciones á lo insertado en el núm. 726

CHARADA.—Paloma.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Victoria.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Pocero.—II, Leer entre líneas parece corriente.

AÑO XV BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1904 NÚM. 727

CHAGO



DA grima ver el estado triste en que se quedan la mayor parte de los toreros con lo del descanso dominical.

Ellos se reunen, ellos se quejan, ellos ponen el grito en el cielo; pero nadie les hace caso.

Yo he presenciado una discusión entre gente de coleta, y crean ustedes que saqué el alma muy amarga.

—¿Cuánto tiempo hace que no has cobrao?—preguntaba un novillero á otro.

—En tres meses no he visto una peseta.

—Pues no hace tanto lo del descanso.

—Sí; pero en las dos corridas últimas se escapó la empresa con los cuartos y dejó á la cuadrilla en cuadro.

—Pues yo, como siga esto así, he pensao poner una tienda con los ahorros que tengo.

—¿Y de qué va á ser la tienda?

—De ropas hechas.

—¿Una sastrería?

—No; una tienda para vender la ropa mía y la de mi nena.

—Yo pienso dedicarme á corredor,—decía un banderillero.

—Y yo á sereno, ó á lo que sea,—siguió un picador,—porque, así parao, se muere uno.

—¿De fastidio, verdá?

—¡Y de hambre!

¡Pobres toreros, los que no han tenido tiempo de *apañarse!*

Ayer me dijeron que, un peón de brega de lo mejorcito que pateaba la arena de los circos, se había puesto á remendar calzado en una portería.

Y me aseguran que no le falta parroquia, porque el desdichado ha tenido la buena idea de sentarse en el portal vistiendo su flamante traje de luces.



—Esto da gusto,—suele decir el remendón á los vecinos que se le acercan.

—¿De modo que le resulta más este oficio que el toreo?

—Hasta cierto punto, sí. Por lo menos me tratan con más cariño y me dan el título que tanto soñaba. Cuando toreaba, la palabra más güena que me decía el público era gandul, morral ó sinvergüenza, y ahora que pongo medias suelas todos me llaman maestro.

—Porque lo es usted.

—Gracias, muchacha. No más que por eso te voy á poner un par de *sabaquiyo*, digo, de medias suelas, que va á tener que tocar la música.

Y el bueno del maestro trabaja, suspira, se alegra y va tirando de esta pícara existencia.

Para las señoritas toreras también ha sido éste un golpe terrible.

Y muchas de éstas, imitando al torero de la portería que remienda zapatos, se presentan en las casas con el terno de luces y solicitan una plaza de cocinera ó de niñera.

Claro, los chicos hacen palmas al verlas, el dueño de la casa se alegra y la señora las admite aunque no sea más que por darles en la cara á las del principal, que tienen una nodriza asturiana también con el traje de luces del país.

No será extraño ver en los mercados á las toreras con el cesto al brazo, comprando verduras y hasta haciendo sisas como las criadas vulgares.



Y se dará el caso de que, lejos de acabar la afición á los cuernos, aumente con estas cosas; porque, como si lo viera: una niñera, procedente de cuadrilla, habrá de jugar al toro con los chicos que tenga á su cuidado.

Y calculen ustedes la afición que se despertará en las criaturas desde su más tierna edad.

A los ocho años, ya sabrán poner banderillas al cuarteo.

A los diez, harán el salto de la garrocha con pasmosa facilidad.

A los doce, no encontrarán nada difícil en el arte del torero.

Y siguiendo allí la chica, terminarán por dar cada mete y saca, que ni Frascuelo en sus buenos tiempos.

Pero es lo que ocurrirá; por mucha afición que haya, si el Gobierno sigue apretando con el descanso forzoso, tendrán que correrse los toros en familia.

Y algo es algo.

JOAQUÍN ARQUES



"Almedea" (Cuadro de E. Campos)



Aunque la bella Leonor,
juega á la gallina ciega.

siempre en los brazos de Alonso
alegre y feliz se entrega.

¿Quién es ella?

Siempre que libren dos hombres
honrados, lucha sangrienta,
y resulte una desgracia
de la terrible pendencia,
no preguntéis los motivos
causantes de la reyerta,
ni por qué mortales odios
uno al otro se demuestran;
sin temor á equivocaros,
recordad que por las hembras
se perdieron las naciones,
cual las historias enseñan:
que según autores graves
se perdió el mundo por Eva...
¡y una mujer fué la causa
de mi perdición primera!
Y no recuerdo en qué libro
cierto escritor aconseja,
que cuando riñan dos hombres
se pregunte: *¿Quién es ella?*

Y la *ella* de mi cuento era una mujer joven y hermosa, cuya liviandad corría pareja con su hermosura.

Jugaba con dos amantes, Rodolfo y Alberto, ignorantes ambos de los devaneos amorosos y duplicidad de afectos á que la tal hembra se entregaba con voluptuosos refinamientos de la más peligrosa coquetería.

Pero héteos aquí, lectoras amables, que una noche Rodolfo y Alberto halláronse frente á frente en casa de Malvina, donde la casualidad ó el demonio, hubo de reunirlos. ¡Allí fué Troya!

Rodolfo sorprendió á su rival cuando éste se despedía con un abrazo de su bien amado.

El hecho se realizó en la escalera; Rodolfo, procurando no ser visto, bajó al portal y esperó.

Momentos después, Alberto, satisfecho y sonriente, pasaba junto á su competidor.

Rodolfo le detuvo interrogándole:

—¿Puede usted oir dos palabras, caballero?

—Usted dirá,—contestó el interpelado.

—¿Baja usted de la habitación de Malvina?

—Creo que no debo dar á usted cuenta de mis actos.

—¡Esa mujer es mi amante!

¡Paf!... Oyóse el ruido de una bofetada, seguido de furiosos epítetos é interjecciones mal sonantes.

Hubo palos, revolcones, puntapiés, lucha, en fin, de atletas, en la que llevó Rodolfo la peor parte.

Algunos transeuntes lograron, con gran esfuerzo, separar á los combatientes.

Terminada la refriega, entre los dos rivales cruzáronse miradas de odio, al mismo tiempo que cambiaban aquéllos sus tarjetas, tomando luego rumbos diferentes.

Como es de rigor en casos tales, mediaron amigos de uno y otro contrincante, buscando fórmulas que atenuasen en lo posible la gravedad del hecho, sin mengua del honor.

Para llegar á un arreglo, tropezaron los mediadores con obstáculos insuperables.

Rodolfo había dicho á sus *padrinos:*

—Matar ó morir: no admito términos medios.

Alberto, por su parte, declaró:

—No transijo con nada: ó le mato ó me mata.

Así las cosas, después de muchas conferencias, discusiones y consultas, quedó concertado el duelo; un duelo á muerte, con todas las de la ley.

Lleváronse las negociaciones con exquisita discreción y absoluta reserva por ambas partes, logrando que nadie supiera de antemano lo que se tramaba.

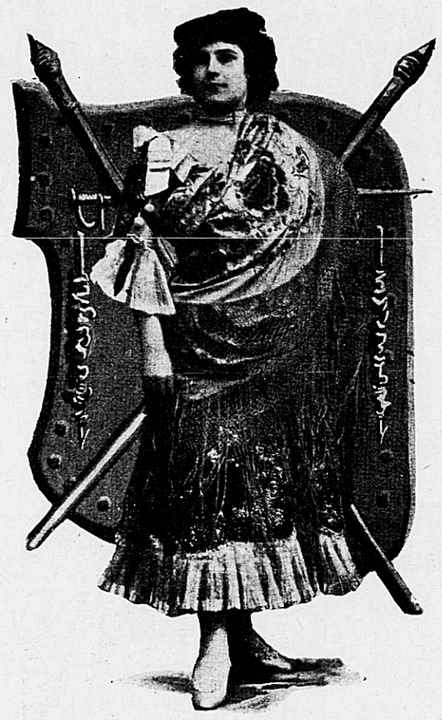
Malvina quiso intervenir para evitar el lance, pero ni Alberto ni Rodolfo cedieron á sus pacíficas excitaciones.

Los dos se negaron rotundamente á toda componenda.

La joven, causante de la próxima tragedia, convencida de que cuanto hiciera por avenirlos sería inútil, esperó los acontecimientos, pensando:



Escenas de entre bastidores



En todo su cuerpo lleva
la gracia de Andalucía.
Y cuando baila... ¡el disloque!
Está, que me la comía.

—¡No llegará la sangre al río! Después de todo... ¡iban poniéndose inaguantables!

El día y á la hora prefijados, verificóse el lance á pistola y en las durísimas condiciones estipuladas por los representantes.

Acompañaron á los combatientes, los testigos y dos médicos provistos de sendos botiquines.

Cruzáronse cuatro disparos: uno de ellos hirió levemente en el hombro á Rodolfo, sin impedirle continuar batiéndose; Alberto recibió un balazo en el pecho que, por fortuna, profundizó muy poco.

Curados ambos de primera intención, fueron trasladados con el secreto y las precauciones convenientes á sus respectivos domicilios.

Pronto cundió la noticia por todas partes.

El nombre de Malvina circuló de boca en boca.

Quienes ignoraban por completo el origen de la catástrofe, preguntaban: *¿Quién es ella?*

Que, según autores graves,
se perdió el mundo por Eva...
¡y una mujer fué la causa
de mi perdición primera!

Afortunadamente, Rodolfo y Alberto curaron pronto de sus heridas.

Los dos, durante la enfermedad, habían preguntado varias veces por Malvina, sin que nadie pudiera darles noticias concretas y satisfactorias.

—¡Ni una sola vez ha venido á verme!—murmuró Alberto en cierta ocasión.

—¡La ingrata! ¡Ni preguntar por mí!—pensó Rodolfo algunas veces.

Un día ¡día nefasto! ya en la convalecencia, los dos heridos recibieron sendos billetes perfumados y concebidos en análoga forma:

«Amado mío; te felicito porque salvaste la vida del riesgo á que, por mí, la expusiste. ¡Nunca me perdonaré haber sido causa, aunque inocente, de tu desventura! ¡Qué horror, si hubieras muerto! Sólo pensarlo me desconcierta.

»No creí que fueras tan vivo de genio, ni que tomaras tan á pecho tu amor hacia mí: gracias; convencida estoy de que tu cariño era tan hondo y leal como me lo pintabas en tus ratos de buen humor.

»¡No siempre puede una decir lo mismo!

»Pero, ¡ay! amado de mi corazón, en este pícaro mundo, no hay felicidad completa; la publicidad del lance me ha dejado en tal situación, que no puedo vivir un día más en Madrid.

»Por esa razón he decidido trasladarme al extranjero.

»Saldré para Londres, dentro de una hora; no te preocupes al saber que me dispongo para realizar tamaña empresa.

»Me acompaña un lord que se ha enamorado de mí y quiere llevarme á su patria... ¡para casarse conmigo!

»Ya ves que yo también estoy de enhorabuena.

»Adiós y no te olvida tu *Malvina*.»

Suprimo los comentarios
que hacer del lance pudiera,
pues, según ciertos autores,
se perdió el mundo por Eva;
y como dice la copla,
y sabéis por experiencia...
¡una mujer fué la causa
de mi perdición primera!

LUIS FALCATO

La primera víctima

No bien ha declarado el *ínclito* Sánchez Guerra la nueva ley sobre el descanso dominical, que ya hay muchos individuos que tocan las consecuencias y le echan pestes.

Uno de los que han sufrido un tremendo disgusto por *mor* de esta *dictadura*, es el almibarado pollo Gumersindito, joven muy calavera y dedicado al grato *sport* de las conquistas amorosas, ora con casadas, bien con cándidas doncellas.

Este émulo del audaz Tenorio, requebreaba desde hacía la mar de tiempo á una hermosa mujer, casada con un empleado, hombre de edad madura y muy feo por añadidura. La conquista iba ganando terreno gradualmente; ella, que no había nacido para *monja*, correspondía al *Tenorio*, ó al menos demostraba cierta inclinación á ceder; sólo faltaba, para completar el *asalto*, una ocasión propicia, y ésta se presentó el pasado domingo que ni de perlas.

Ausente el viejo *coco* por todo aquel día de su casa, tontos de remate habían de ser los amantes para no aprovechar las horas de *amnistía*



Después de estos pasos
en el Cake-Walk,
aunque no se quiera
hay que.. descansar.



No extrañarán ustedes
con estas cosas,

que aquel viaje providencial les otorgaba.

Gumersindo, que no dejaba ni un solo día de rondar la casa, averiguó la *escapatoria*, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, subió al piso, llamó quedamente, y al abrirse la puerta se coló tan fresco adentro con toda la *sans-façon* del mundo. Una exclamación de asombro salió de los labios de Carmela, pues éste era el nombre de la esposa del empleado.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí?

—¿Te extraña acaso mi visita?

Esta, con voz acaramelada, contestó, mirando á todos lados y bajando la voz estudiadamente:

—A ser franca la esperaba.

—Entonces... mira... nada de etiquetas, ¿entiendes? Tuteémonos, y puesto que la ocasión es magnífica, aprovechemos el tiempo,—repuso audazmente, al mismo tiempo que le cogía las manos depositando en ellas ardientes besos.

—Quieto, amigito, no propasarse.

—¡Cómo! No correspondes á mis demostraciones de amor. Es decir, que no me quieres; tus miradas incendiarias que han hecho arder una hoguerra en mi pecho, eran falsas.

—Nada de eso, tontón. Te amo con todo el fuego de mi ardiente juventud, y este instante lo esperaba con verdadero anhelo.

—Entonces, no te comprendo.

—Amigo, ¿no recuerdas que está establecido el *descanso dominical*? Amiga de la legalidad no quebranto la *ley* y me inmoló á ella aun en perjuicio mío. Soy así, y por nada ni nadie deshago mi decisión.

—Me dejas asombrado, Carmela.

—Pues no te asombres y á esperar otra ocasión, que á no dudar llegará muy pronto.

—¿Lo dices de veras?

—Y tanto que sí, Gumersindo. Vamos, dame un beso y adiós.

Gumersindo depositó un ardiente ósculo en los frescos labios de su amante, y salió de la casa echando por su boca sapos y culebras y maldiciendo del *conspicuo* ministro de la Gobernación, único causante de que no hubiera conseguido el deseo en que cifraba su esperanza y felicidad.

R. HOMEDES MUNDO



que tenga Rosariyo
cabeza loca.

De aventuras

Mi amigo Eduardo era un hombre alegre como pocos, y como pocos bullanguero y hablador. Según él mismo afirmaba, tenía mucha *pupila*, mucho *quinqué*, y continuamente trataba de demostrarlo, refiriéndonos infinidad de aventuras amorosas, por las cuales se veía que, al menos, era afortunadísimo con las mujeres.

Al oirle, diríase que aquel hombre sólo había venido al mundo para gozar de los mayores placeres de la vida.

Sin embargo, cosa que extrañaba á todos, se había casado. Y lo que es más raro todavía: no hablaba mal del matrimonio.

Y es de advertir que hacía ya tres años que se había casado. Su mujer era una joven encantadora: parecía un cromo lindísimo, una preciosa estampita.

En cierta ocasión nos encontramos en la horchatería, Eduardo, un pariente lejano de su mujer y yo. Como siempre, Eduardo principió á contarnos una de sus más recientes aventuras:

«No puedo revelaros los nombres, porque... en fin, eso... Lo que sí os diré es que se trata de la mujer de un amigo... pero no de un amigo íntimo, ¿eh? sino de uno de esos conocidos que tratamos algo. Ella es una muchacha bonita, graciosa, á quien se le desborda la simpatía por todos los poros de su cuerpo. Un cuerpo, ¡chicos, si vierais! delicioso, hermosísimo. Yo, claro está, en seguida me enamoré do ella, y dispuesto á hacerme dueño de aquella plaza riquísima, emprendí el asedio.

»Ya me lo habréis oído decir muchas veces: yo siento que mis amigos tengan mujeres guapas por eso mismo; porque no puedo contenerme... y lo que me sucede... Pues bueno, como os decía, puse sitio á la plaza ambicionada, y... ¡si seré afortunado! alcancé el éxito más satisfactorio. Ella se dejaba querer, y hasta parecía agradecer el asedio y anhelar el asalto. Bien pronto conseguí una cita en su misma casa. Acudí, naturalmente, con la puntualidad de un amante que va á recibir una prueba de cariño. Ella estaría sola en la casa, pues para eso habíamos escogido una hora á propósito. Penetré... ¡chicos, qué sorpresa! ¡Estaba el marido! Inventé lo mejor que pude, una excusa; dije que iba á buscarle á él para un asunto, para hacerle una consulta. En fin, él se lo creyó de buena fe, y á poco salíamos de su casa, él para ir á pasar dos ó tres horas en el café, su distracción favorita, yo... por fuerza. Pero al marcharnos su mujer me hizo una seña significativa. Cuando habíamos ya atravesado algunas calles, me despedí del buen hombre, pretextando quehaceres ineludibles, y mientras él se dirigía al café, yo me volví á su casa.



Allí encontré á la hermosa muchacha esperándome con afán... ¡Oh! Soy muy afortunado. La pobre estaba loquita por mí, y...

Lo único que siento es que él sea un amigo mío. Porque, la verdad, siente uno ciertos remordimientos...»

Al llegar mi amigo á este punto de su relación, bajé, confuso y avergonzado, los ojos. No lo pude evitar. Después, inconscientemente, alcé un poco la vista para dirigir á Eduardo una mirada de compasión. Creció mi asombro: el pariente de su mujer, con los ojos clavados en el suelo, permanecía avergonzado y confuso.

JOSÉ PAREJA

REPROCHES

—Dígame usted, caballero;
¿No es una conducta extraña
la que usted observa conmigo,
al cabo de dos semanas



de ser esposos? ¿Es justo
que abandone su morada
y sólo venga... si viene,
siempre *al clarear el alba*?
—Pero escucha tú, preciosa.
¿Es justo al llegar á casa
un modelo de maridos
como el presente, á Dios gracias,
es justo, vuelvo á decirte
que encuentre esa linda cara,
seria, triste, compungida,
agridulce y enfadada?...
Yo que me estoy trabajando
como los pobres trabajan,
es decir, sudando mucho,
en telégrafos, que cansa,
porque son *la mar* de horas,
la mar de horas diarias,
y estoy allí quietecito
sin chistar una palabra,
esperando con paciencia
y resignación cristiana,
que cambie el turno, tan sólo
para venirme á mi casa
y pensar algo en... la gloria
viendo tus ojos, jitana...
El Dios que existe en el cielo...
dirá si mi boca engaña.
¿Qué me contestas, Dolores?
¿Di, Dolores, por qué callas?
Que me caiga el premio gordo
en la *juerga* esa de Pascua...
Si no digo más verdad
que arenas tienen las playas...
(Vamos, no dirán ustedes
que no es linda la metáfora)...
—Si no te creo, granuja...
Si á Dolores no la engañas,
ni con palabritas dulces
(que sabes que me empalagan),
ni con embustes, ni cuentos,
que á las otras entusiasman.
Lo sé todo, lo sé todo,
porque lo dicta mi alma,
y siempre me ha sido fiel...
porque siente enamorada.
—(Mi esposa se *siente* cursi
y esa enfermedad me *mata*.
Tocaremos otra cuerda
para saber cómo canta.)



Pero oye, Dolores mía,
pero oye, montón de gracia;
pero oye, esencia de gloria,
de jazminez y de albahaca.

¿Qué has notado en este *cura*?
¿Qué has leído en esta cara?
¿Qué has mirado en estos ojos?
¿Qué has visto tú en sus miradas,

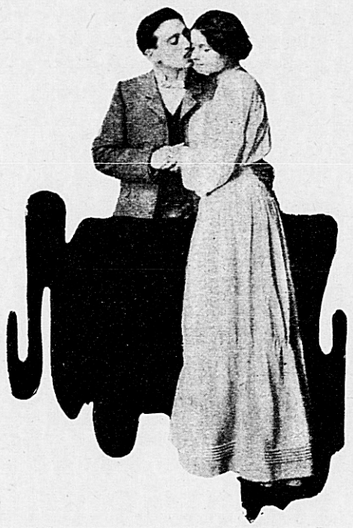


que hayan podido mostrarte
que mi cariño te falta?...
¿No eres tú canela pura?
¿No eres tú la más serrana,
más castiza, más hermosa,
más juncal y más barbiana
de las mujeres *posibles*
que pasean por España?
¿No he cometido el *delito*.
de hablarte doce semanas
desde la calle, admitiendo
los empujones, las guasas,
las palabritas soeces
y las más tiernas miradas,
de tus vecinas, tu padre,
tu *serenísima mama*...
y me he gastado en refrescos
para que ella lo callara,
dos cincuenta, los domingos
en granizado y cebada?...
¿No te he llevado á la iglesia,
y no te hice de *mi* casa,
dueña y señora de todo...
lo que pueda hacerte falta?...
¿Entonces por qué suspiras?
¿Por qué lloras y te enfadas?
¿Qué me quieres? ¿Qué te ocurre?
Responde pronto, serrana.
Responde, que quiero ver
la alegría de tu cara...
(Si no la convenzo ahora,
no la convence ni Maura.)
—Pues oye, jitano mío.
—(Qué frase más delicada.)
—¿Te burlas?
—Que no me burlo.
Sigue pronto.
—Sigo, y calla.
Te quiero, como ya sabes,
más que el pájaro á su jaula,
más que el río á su corriente,
más que el sol á sus montañas,
(que es lo primero que besa
al nacer por la mañana.)
Más que el rey su poderío,
más que el avaro sus arcas...
y tengo celos ¡ay, celos
que me destrozan el alma!...
y tú puedes disiparlos
diciendo que no me engañas...
—¡Mecachis! Si no lo dices,
medicina más barata
no hubiese encontrado nunca.
Y mira, tu linda cara,
me servirá de receta.



Voy á escribir. Conque aguarda.
Tranquilidad, doce gramos...
¿Que son pocos? Bueno, vaya...
Mil doscientos. ¿Es conforme?

Continúo.
—Sigue y calla.



—Cariño, siete miligramos.
Tomarlo en dos cucharadas,
al levantarse, en ayunas
y al acostarse, en la cama.
Firma y rúbrica: Dos besos...
Doctor, Amor y esperanza...
¿Te gusta?
—Me gusta mucho
y voy á ponerlo en práctica...
Amor mío...
—Oye, muñeca
ten un poquito de calma...
—¿Qué vas á hacer?
—Que me marcho
—¿Y me dejas sola en casa?
¿Y no ves que estoy malita?
¿Que mi enfermedad se agrava?
¿Que padezco lo indecible?
¿Y que no calmas mis ansias?
¿Y no lo ves? ¡Ay, Dios mío!
¡Qué marido, virgen santa!
¡Qué marido que abandona
quizá á manos mercenarias
á su mujer... y tan fresco,
sin derramar una lágrima!...
¡Que traigan otro doctor,
que me está haciendo gran falta!
Mi dolencia no comprendes...
Y á mí la pena me mata...
—Pero Dolores... Chiquilla.
Ten un poquito de calma.



Que yo marcho, sí, me marcho...
porque voy á la farmacia.

J. Enrique Dotres

Rima

Yo soy el plomo que la tierra cubre;
tú eres la plata que en el plomo existe.
¿Nos pueden separar sin destrozarnos?
No, no es posible.
Yo soy el sol que en el espacio brilla;
tú eres un astro que su luz recibes.
¿Hay quien consiga de mi luz privarte?
No, no es posible.
Yo soy la ola que en la mar se forma;
tú eres la espuma que la ola exhibe.
¿Existirá quien desunirnos pueda?
No, no es posible.
Yo soy un cuerpo donde vive un alma;
tú eres el alma que en el cuerpo vive.
¿Nos pueden separar sin destrozarnos?
No, no es posible.

Emilio Pérez Egea



De allá

YE, Manolín! Arriba p' acá, muchacho, que pasas por la puerta y ni siquiera salúas á los buenos amigo. Pareses sordo-mudo.

—Usté me disimule, señó Jacobo, pero no estoy pa fiestas.

—Hijo, te veo paseá dende hase ya un rato por la plasa tan pensativo y tan triste, que me ha dao gana de yamarte pa ver si tus pena tién consuelo y dártelo yo.

—Se agraese la buena voluntá, pero é mu grande lo que me pasa pa encontrá consuelo en degún sitio.

—¿Pue qué t' ocurre, qué t' ocurre? Esahógate, chavá, que yo soy contigo como un padre. Eso ya lo sabes tú.

—Mi Rafaeliya, mi nena de mi alma, ¡que me se muere, señó Jacobo, que me se muere!

—Tú sueñas, chiquiyo. ¡Qué se ha de morí; si tenía comprá toa la salú de Seviya! Antiyer la vide yo, y paresía una mansana resién arrancá del árbol.

—Y yo la vide ayer por la tarde yena de salú todavía; pero hoy me se muere, me se muere. La desgrasia cuando vié derecha es pa darle á uno un navajaso en er corasón. Por eso estoy atontao, dando vueltas por las cayes sin saber á donde voy, ni lo que hago, ni lo que me pasa. Me tié loco este gorpe.

—Pero dime lo que ha ocurrío, y la enfermedá, y tó, que no é cosa de que me ocurtes á mí...

—Me salen las lágrimas á la cara de pensá que me quedo sin eya, ¡sin eya, qu' era pa mí una virgen adorá! Mi Rafaeliya era la que me daba fuersas pa no aborresé la vida, porque ya sabe usté la desgrasia que yo traje al mundo. Déjeme usté respirá, que bien lo nesesito. Anoche, cuando estábamos en la reja, sintió un doló mu fuerte en er costao isquierdo y se puso más blanca qu' el papé. Vino su madre, le hiso que se acostara, y yo salí disparao por el médico ¡Várgame la Macarena, qué gesto hiso cuando la vió! Pa mí fué como un martiyaso en la cabesa. «Esta muchacha padese una... una... no me acuerdo como dijo... una cosa que acaba en latín. Luego ha vuelto do veses á verla y dise que no mejora, que no responde d' eya. ¡Cuando ya nos íbamos á casá! Yo estaría ayí, junto á su cama, no me asepararía de su lao, pa ponerla buena en fuerza de mirarla con avarisia; pero no me dejan, no me dejan. ¡Esto es peó que la muerte!

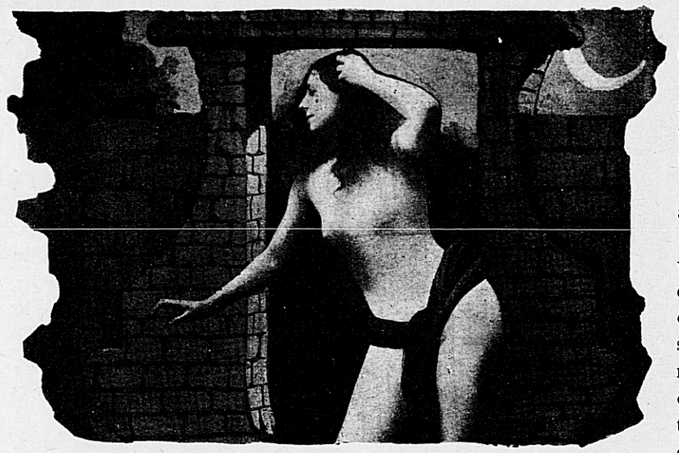
—No vale desesperase, que los médico no saben ná de enfermedades; cuando eyos dicen que se muere es cuando hay vida pa rato. Eso que tié tu novia será poca cosa. Nos vamos á dir á su casa, la vamos á ver, y ya te diré yo lo que me paresca.

—Si no nos van á dejá verla, si dise el médico que no la vea nadie.

—Sí nos dejarán; entraremos hasta la alcoba y es-



Dos lindas cabecitas de dos hermanas, que aunque parecen bellas son calabazas.



Es natural que la pobre
se encuentre desesperada,

porque la alumbra la luna
y no puede ocultar nada.

taremos ayí el tiempo que nos dé la gana. Tú no me conoces á mí, chiquiyo. Mira, ¿t' acuerda de Caroliyo, de aquel puñao de flores que fué la hija de mis entrañas?

—Sí, señó, vaya si m' acuerdo.

—Pues aqueya joya viviría aún, si no hubiera estao yo fuera é Seviya cuando la enfermedá que se la yevó al sielo. Lo mismo que la tuya: un doló mu fuerte en el costao, el médico disiendo que se muere, que se muere, y cuando yo yegué ya estaba en el ataúd. Luego se pone mala la hija de mi compare Antonio; otro doló de costao tamién, lo mismito que mi chica; pero ayí no quise yo ni la sombra d' un médico; les serré á tos la puerta, me pongo al lao de la muchacha, no la dejo un momento de día ni de noche, y á la semana ya estaba jugando en mitá de la caye como si tal cosa. La mejó medicina pa un enfermo es ver á su lao una persona de su cariño. Pero, mira tú si es desgrasia: yegar á tiempo pa la chica é mi compare, y no yegar pa m' hija, qu' era lo más. Así he yorao yo tanto; así m' he mordío la carne de rabia y m' he dicho que debía estar ahorcao mil vese. Tengo er primé coraje á los médico: son más inútiles que un velosípedo. Yo me comprometo á curar á tu novia mejó que ninguno d' eyos.

—¡Ay, señó Jacobo! ¡Si eso fuera verdá! Haga usté lo que pueda pa curarla; mire usté que si eya se muere... Ya tenemos comprao tó pa la boda; con mil trabajos he reunío yo sesenta duro, que los hemos gastao en lo qu' eya desía. ¡Tan contentos qu' estábamos!... Como si tuviéramos presa toa l' alegría der mundo, no sabíamos lo que hasé con tanta; y mire usté que suerte: quedarme ahora sin es' alegría, cuando é la única qu' he disfrutao en la vida.

—Mira, niño, no me acongojes, que se le arrug' á uno er corasón oyéndote. En marcha; á ver á la chica. Y serenidá ante tó, que si eya se muere, nos suicidamos tú y yo juntos. Es custión d' amó propio, y en custiones d' amó propio, el hijo é mi padre figura en la tierra con er número uno.

ABELARDO DELGADO

¡Oh, jóvenes poetas!

Cantad, cantad, vosotros que en el pecho
mil ilusiones plácidas lleváis,
cantad, cantad del mundo las bellezas,
vosotros que del mundo no dudáis.

Seguid, seguid vuestra canción hermosa,
sois jóvenes, debéis ahora cantar,
que, al fin, conoceréis los desengaños,
y entonces no sabréis más que llorar.

También yo en ocasiones numerosas,
canté como vosotros cantáis hoy,
pero pasó mi ráfaga de gloria
y recordando penas siempre voy.

También tuvo mi vida regocijos.
Amores y alegrías disfruté...
¡Aquello terminó, y otra jornada
más larga y más penosa comencé!

L. CINCOES RUIZ



Galería de bellezas: (86 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Redacción é Imprenta, Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas.*-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)

Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.